

VICENT ROS, *La lluvia en el muro*, Chiado Editorial, Lisboa, 2016, 565 pp. ISBN –978-989-51-7799-8.

Hay diversas maneras de mirar el pasado. Y hay diversas maneras de escribir el pasado. Los historiadores *tout court* suelen —solemos— optar por mantener cierta distancia emocional con el objeto de estudio elegido, por enfrentarse —enfrentarnos— al mismo con parejo ánimo que el de un entomólogo observando a un insecto, que diría François Guizot. O, al menos, por sostener o aparentar que hacen —que hacemos— eso. De lo contrario se tiende a pensar que la objetividad del historiador —de la interpretación hecha por el historiador— puede quedar bajo sospecha, en entredicho, que la pasión puede nublar con sus efluvios las despejadas esferas donde habitan la reflexión y la razón, de manera que el trabajo del devoto de Clío no logrará superar el ámbito de lo opinable para acercarse al de lo verdadero, no merecerá ser calificado de “científico”. El método histórico —o, si lo preferís, los métodos históricos— suministra(n) las lentes adecuadas para enfocar atinadamente esa mirada —o la pluma para ejercitar con convicción esa escritura— que se pretende limpia, ajustada a los hechos (o mejor dicho, a las huellas que en el presente permanecen del pasado), dispuesta a someterse al juicio crítico de los pares y de los dispares... El historiador, si se quiere digno de tal nombre, está obligado a mostrar el resultado de sus desvelos sin trampa ni cartón, no ha de mentir a sabiendas, ni inventar lo que no conoce (y, por tanto, debe reconocer lo que ignora), ni fantasear al por mayor, ni alterar lo que, gracias a su celo metodológico, es capaz de acreditar que ocurrió. Es decir, al interpretar el pasado, busca recrearlo con rigor, con ánimo de producir conocimiento, “verdad histórica”, no sacárselo de una chistera ni rehacerlo a su antojo: hasta las hipótesis que no alcanza a demostrar han de estar estrictamente construidas en el campo de lo razonable y de acuerdo con los indicios de los que dispone.

Los novelistas, incluidos los que se mueven en el frondoso bosque de la novela histórica, juegan en otra liga. Su terreno es, al fin y al cabo, mucho más amplio que el de la literatura de ficción, esto es, aquél en el que se autoriza y aplaude el uso de la invención, la fantasía y el fingimiento en aras de producir “verdad poética”. Así, les está tolerado tomarse todas las licencias imaginativas que quieran o convengan a su asunto, sea éste narrar el presente, fabular el futuro o reescribir el pasado. Pueden igualmente idear mundos paralelos, coquetear con lo inverosímil y lo improbable, forjar utopías y ucronías. En sus manos se halla la facultad de crear, no sólo la de recrear... El novelista histórico, en concreto, tiene bula para suplir con su ingenio aquello que no ha dejado registro material suficiente y conocido, aquello sobre lo que callan o hablan confusamente las añosas fuentes que sobreviven de otros tiempos, o lo que es lo mismo, le está permitido rellenar con su inventiva lo ignoto

e inquietante de cualquier ayer. Es más, se le consiente incluso que altere a su gusto lo que sí que contienen esas fuentes, que tergiversar los hechos que se deducen de ellas, que simule, si es su deseo, poseer otras inéditas —fabricadas, claro está, en su cerebro— y que construya con todo ello narraciones inauditas, ficticias, y, si conviene al caso, pasados alternativos e incompatibles con lo que resulta de la aplicación rigurosa de la metodología de la ciencia de la historia. Al novelista histórico, al contrario que al probo historiador a secas, no le están vedadas las falaces artimañas del prestidigitador para alcanzar sus últimos objetivos, sean éstos los que sean.

Y si hay diversas maneras de mirar y escribir el pasado, si la mirada adusta y la pluma disciplinada del historiador han de convivir —y a veces porfiar— con las mucho más desenvueltas e incondicionadas del novelista, hay igualmente diversos patrones de novela histórica. En un extremo encontramos relatos que se quieren por completo ajustados al saber proporcionado por la actividad de los historiadores, narraciones en los que la “verdad histórica” y la “verdad poética” no tropiezan, sino que se acompasan y respetan, ya que la segunda no pretende contradecir —o no contradecir esencialmente— las exigencias y límites impuestos por la primera, de manera que lo que se cuenta merece el calificativo de “verídico”. *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez, o *Enterrar a los muertos*, de Ignacio Martínez de Pisón, pueden ser dos ejemplos admirables de las múltiples variantes que cohabitan en este polo norte del subgénero. En el polo sur, tan lejano como opuesto, hallamos los productos donde la fantasía se desborda y se declara insumisa a contar “lo que realmente ocurrió”. Es el continente donde moran las ucronías, esa especie de ciencia ficción al revés que engloba novelas tan diferentes como *Britania conquistada*, de Harry Turtledove (que imagina un pasado en el que la Armada Invencible no fracasa y el rey Felipe II somete a Inglaterra), *En el día de hoy*, de Jesús Torbado (el ejército republicano gana la guerra civil y Franco se exilia), o *El Reich africano*, de Guy Saville (con Hitler firmando un tratado de paz con Inglaterra tras Dunkerque y derrotando luego a la Unión Soviética), y donde se contienen asimismo pseudoleyendas como las que conforman el ciclo de Conan el Bárbaro, de Robert E. Howard, historietas en que, sin menoscabo de su mérito literario, la historia real de la especie humana llega a desmaterializarse, a diluirse en un ambiente falsamente histórico. Entre ambos extremos, entre ambos polos tipológicos, la más profusa variedad es la norma. Se puede imaginar, pongamos por caso, tramas novelescas sobre un telón de fondo escrupulosamente histórico (el modelo de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós). Y se puede problematizar con mayor o menor énfasis la relación entre ficción y realidad histórica abriendo la puerta a la reflexión sobre la propia ficción, es decir, a eso que se ha dado en llamar metaficción (Umberto Eco franquea esa puerta en *El nombre de la rosa* y Javier Cercas en *Soldados de Salamina*, por citar únicamente dos obras de gran éxito). Y se puede también...

Dejémoslo. Seguir por aquí sería un ejercicio de pedantería, ya que no es mi propósito, quede el lector tranquilo, escribir un tratado de novelística histórica ni nada que se le parezca. Sólo quería sugerir que hay novelistas que, por su enorme apego a la “verdad histórica”, parecen —o se comportan como— historiadores. Y que hay historiadores a los que las férreas servidumbres de su oficio (tanto la metodología como la escritura “académicas” de la historia tienden a funcionar, a fin de cuentas, como opresivos corsés) no siempre les satisfacen, por lo que, buscando aliviar sus apreturas y gozar de una mayor libertad expositiva y comunicativa, creativa en suma, no tienen miedo en meterse a novelistas y servir como sacerdotes en el acogedor altar de la “verdad poética” donde se reúnen todas las musas. ¿No se ponen así, aparentemente, bajo la protección del viejo Aristóteles cuando sostenía que la poesía era más filosófica y elevada que la historia?

Vicent Ros se alinea, en este libro, en el batallón de estos últimos. Historiador de formación, docente en la materia, ha escrito una larga novela histórica que, lo avanzo ya, me ha sorprendido por su insólita madurez (dado que es su primera obra de ficción, como se nos advierte en la solapa) y su notable calidad (al menos a mi juicio). Se nota que tras ella hay años de paciente trabajo, tanto de documentación como de escritura. Y se nota asimismo que, al redactarla, el autor ha pretendido encontrar la mejor salida posible a preocupaciones y necesidades de índole íntima, personal: escribir ayuda, *per se*, a pensar (Lynn Hunt *dixit*), pero además, como aquí, puede ayudar a quien maneja la pluma, o a quien teclea ante el ordenador, a entenderse a sí mismo junto a su orteguiana circunstancia, a iluminar lo oscuro y clarificar lo confuso de su “zona de sombra” (esa especie de tierra de nadie en el tiempo que, al decir de Eric Hobsbawm, engloba en cada ser humano desde el momento en que se inician los recuerdos familiares vivos hasta que termina su infancia), y, por ello, a conjurar fantasmas del pasado, a ser más dueño del presente, a mirar con mayor sabiduría el futuro...

En efecto, no es necesario ser un gran lince (la homonimia entre el novelista y el protagonista de su narración da la primera pista) para intuir que el interés del autor se centra en esclarecer un asunto que afectó a su padre pocos años antes de que él mismo naciera. Y no sólo a su padre: la lectura permite colegir cómo alcanzó a otros, familiares y amigos, o no, la traumática experiencia narrada. La acción principal tiene su punto de arranque en diciembre de 1958 (han pasado, por tanto, cerca de sesenta años hasta hoy), cuando agentes de la Guardia Civil detuvieron en la provincia de Valencia a veinticinco hombres y los acusaron de pertenecer al Partido Comunista de España. La mayoría de ellos residía en la capital, pero la “caída” incluyó a un núcleo —nueve detenidos— existente en Lliria y Benissanó. El proceso subsiguiente, militar por supuesto, finalizó con condenas dispares, algunas muy duras, pero los encausados lirianos, los tres de Benissanó incluidos, lograron un temprano sobreseimiento: tras unas semanas en la Cárcel Modelo de Valencia pudieron volver a casa ya

en enero, aunque, como es fácil de entender, el suceso marcó hondamente sus vidas y las de su entorno (también las del aún no nacido hijo/autor).

No cabe negar que el esclarecimiento de este episodio de oposición y resistencia al franquismo por parte de los detenidos, y de represión desatada por las autoridades, podría haber seguido las vías rectas de la historiografía: acopio de fuentes pertinentes (documentación archivística y hemerográfica, testimonios orales...), trabajo crítico sobre esas fuentes, formulación de hipótesis que son corroboradas o no por tal trabajo, y síntesis final pulcramente redactada y publicable que incluya, si conviene y es posible, un buen maridaje entre lo general (un contexto histórico y su problemática) y lo particular (el caso concreto estudiado). Tampoco cabe ignorar que con ese procedimiento se habría obtenido “verdad histórica”, pero una verdad que quizá hubiera interesado a muy pocos al margen del propio autor y su círculo de allegados. La “microhistoria” —si es que lo que acabo de describir merece ese nombre— parece que no encuentra un público amplio ni una gran resonancia académica si el que la escribe no se llama Carlo Ginzburg, Giovanni Levi o algún otro nombre consagrado.

Convertir, pues, esa indagación en una novela histórica —y eso, por supuesto, no es un hallazgo de Vicent Ros— introduce la posibilidad de que el relato salga fuera de ese círculo que conforman sólo los allegados y algún académico afín y encuentre otros lectores en espacios exteriores. A mi parecer, y exceptuando asuntos tales como confeccionar la lista de la compra, es un dislate escribir únicamente para el autoconsumo o para exorcizar demonios personales (a no ser que se busque con ello obtener efectos terapéuticos). Por regla general, cuando uno escribe más allá de cierto punto —ese en el que la escritura aspira a convertirse en literatura— es porque, además de ayudarse a pensar y a entenderse, considera que aloja en su cabeza algo interesante que transmitir y porque tiene la firme convicción de que alguien, al final, recibirá su mensaje (¿no se ha de esperar, incluso, que algún desconocido, acaso un descendiente, acabará por descifrar los secretos que se ocultan entre las líneas de un diario privado?). Todavía más, suele arder en deseos de ser leído y entendido, y, lo reconozca o no, objeto de parabienes. Que lo consiga, y por cuántos, es otro tema. La literatura, la de ficción y la de no ficción, no ha sido nunca un puro ejercicio de onanismo, de autoconocimiento, sino algo destinado a otros en que el acto de escribir aún a la esfera íntima (el escritor plasmando sus ideas en un soporte no efímero: la escritura como lucha de la inteligencia contra el tiempo, que decía don Manuel Azaña) y la social (el escritor pensando en eso que los teóricos de la literatura denominan el lector implícito). Se supone, con buenas razones, que una novela puede llegar a muchos más lectores, y más heterogéneos, que una monografía histórica. Si el que escribe tiene el propósito de atraer a un público potencialmente amplio, es preferible novelar a historiar, no cabe duda. Sería estúpido sorprenderse, pues, de decisiones como la tomada por nuestro autor.

El artificio literario ensamblado por Vicent Ros para estructurar su relato no es novedoso —me recuerda, por ejemplo, al usado por Manuel

Vázquez Montalbán en su novela *Galíndez*— y parte de un planteamiento nada inusual. César Ros, un profesor de instituto que es hijo de Vicente Ros Gabarda, uno de los detenidos lirianos en la caída de 1958, decide indagar aquellos hechos a la muerte de éste, medio siglo después. El autor juega con su propio nombre (aunque no con su profesión), pero deja intacto el de su padre... ¿Cabe interpretar esa decisión como una tácita advertencia para evitar que nos llamemos a engaño, para hacernos notar que su libro se basa en hechos reales, pero no es una simple narración de hechos reales ocurridos en un pasado identificable? Claro que sí: según mi modo de ver, el autor reclama con ello libertad de acción, exige la facultad de crear, no sólo la de recrear. Está diciendo algo así como “lo que afecta a mi padre se ajusta más o menos a lo que realmente ocurrió, pero no sabéis hasta qué punto ni os lo voy a aclarar, y, para lo demás, he dejado la vía franca a mi imaginación”. Y, por tanto, que es dueño de llevar al pleno empleo, si le conviene, las licencias inherentes al novelista. Que, al final, como quería Flaubert, *Madame Bovary c'est moi*.

La trama va alternando el relato de los hechos del pasado (lo que incluye el conjunto de toda la caída en Valencia, no sólo la secuencia que afecta a las detenciones en Llíria) con la peripecia del investigador en el presente, salpicando así el discurso de interrogantes metahistóricos (¿qué hacemos, y cómo, para conocer el pasado?), unos interrogantes que, dado que se trata de una novela, lo mismo merecen ser calificados de metaficcionales. La alternancia entre el mundo de ayer y el de hoy (que es una alternancia, a la vez, entre episodios con base real y otros inventados) se desarrolla en capítulos cortos y dinámicos que recurren al flashback constantemente, y en los que ambas líneas temporales avanzan sucediéndose, zigzagueantes e interconectadas, sin hacerse un lío en la mente del lector. En ocasiones, además, aparecen otros escenarios y otros tiempos (algún suceso de la Guerra Civil, esa guerra que en 1958 no había dejado de pasar; un lance acontecido en el remoto México de Lázaro Cárdenas que adquiere gran relevancia, una breve exposición de los crímenes de Jarabo, otra de la huelga de la Papelera de la Patacona...), bien engarzados en el conjunto. No estamos, pues, ante una novela-río como las que se escribían en el siglo XIX aunque se mantenga viva la voz del narrador omnisciente, sino ante un producto del siglo XXI que sabe asumir algunas de las lecciones legadas por la novelística postmodernista: la opción por lo fragmentario y lo ambiguo, los repetidos saltos en el tiempo y el espacio, la atención a las dispares perspectivas que sobre los hechos tienen diferentes sujetos...

Ello permite al novelista llegar hasta donde el simple historiador, encorsetado metódicamente, tiene vedado, aventurar explicaciones allá donde las fuentes no llegan, cubrir de carne el seco esqueleto que dejan recomponer los viejos documentos recopilados y los recuerdos familiares supervivientes. José Saramago, el premio Nobel portugués que debería ser autor de cabecera para cualquier colega actual de Ranke, aseguraba en uno de sus libros que la historia es discriminatoria, que toma de la vida “lo que le interesa como material socialmente aceptado como histórico y

desprecia el resto”, un resto que constituye precisamente el lugar “donde tal vez se podría encontrar la verdadera explicación de los hechos, de las cosas, de la puta realidad”. Y concluye que “en verdad os digo que más vale ser novelista, ficcionista, mentiroso”. Vicent Ros se mueve en esa onda. Esclarecer cómo fue, y cómo fue vivido, aquel tiempo proceloso en que el generalísimo Franco mandaba con puño de hierro y sin guante de terciopelo, conseguir que el lector —aun un lector que nunca abriría un libro de historia pura y dura— se acerque para entenderlo, para conocerlo mejor, es algo que el recurso a la ficción —a las mentiras— favorece. En las novelas históricas de este tipo, y más si son buenas, la “verdad poética” y la “verdad histórica” no se excluyen ni en la superficie ni en el fondo, sino que se dan mutuo soporte, se coaligan y se complementan. La primera puede, incluso, trabajar al servicio de la segunda. ¡Chúpate esa, Aristóteles!

Pero es que, además de liberarse de los corsés historiográficos para encontrar una “verdadera explicación” a los hechos, a las cosas, a la puta realidad que decía Saramago (y mira que en este libro la realidad es puta), y para hacerla llegar a un público que se quiere más amplio que el de los consumidores habituales de historia *stricto sensu*, el hecho de optar por la ficción y no por la historiografía lleva a nuestro autor a sobrepasar lo que aparentaban ser sus objetivos iniciales (averiguar qué le había ocurrido en el año 58 a su padre, y con ello, como mucho, dar un sentido a la vida de éste) y diluirlos en una trama novelesca, esto es, imaginaria, que tiene interés por sí misma. Una trama que engancha al lector al proponerle enigmas a resolver, al crear el pertinente clima de intriga, de creciente tensión narrativa, que trabaja a favor de la amenidad y la emoción. Las cuestiones que César Ros ha de plantearse tal como avanza su investigación se vuelven tan inquietantes que impedirán, creo yo, a quienes se acerquen al libro desentenderse de él. Por un lado está el rompecabezas de la caída: ¿es posible identificar, con medio siglo de por medio, al ignorado delator?, ¿se averiguará quién fue el Judas?, ¿se sabrá de sus motivos? Por el otro, la incógnita del diferente trato recibido por unos encausados y el resto: ¿por qué los detenidos en Llíria salieron tan pronto de la cárcel?, ¿por qué su proceso se interrumpió sin más?, ¿por qué corrieron una suerte distinta a la de sus correligionarios de otros lugares?, ¿los protegió alguien desde los oscuros recovecos del régimen de Franco? El desenlace del relato resuelve, lo avanzo, en grado desigual ambos lotes de preguntas. Uno queda bien solucionado, el otro no supera el estadio de lo hipotético. Pero no digo más, no debo decir más. El destripe, el *spoiler*, es una invitación a la no lectura. Lo único que añadiré es que el desenlace de la novela es a la vez sorprendente e inevitable, un hábil cierre congruente con el desarrollo del relato. No estamos, pues, ante los tímidos balbuceos de un historiador que juega a novelista para superar los límites que impone su probidad profesional, sino ante un narrador consumado que produce un relato muy entretenido y con un final difícil de prever. Un narrador, por tanto, como la copa de un pino.

A lo largo de las casi seiscientas páginas del libro desfila, por lo demás, una nutrida galería de personajes del más variopinto pelaje, algunos mero trasunto de otros de carne y hueso aunque con el nombre cambiado, el resto ficticios, pero todos, por regla general, bien dibujados, creíbles y nada huecos. Así, nos tropezamos a obreros, en especial textiles, que no comulgan con Franco, y a sus mujeres, y a sus hijos, y a otros familiares, suegras inclusive, que se mueven en un infeliz escenario amueblado de cautelas, temores e incomprensiones; a guardias civiles y policías de hostia fácil y diversidad de escrúpulos (y a sus familias, que malviven en un ambiente igualmente desagradable); a enlaces comunistas venidos de fuera, donde se respiraba un aire libre y donde era legal lo que en España te podía llevar a prisión; a militantes del interior convencidos hasta el tuétano, en aquellos malos tiempos para la lírica, de que su lucha era justa y triunfarían, y que han de amoldarse, tras la muerte del general superlativo, a un mundo que no es exactamente el que soñaron; a amigos de los anteriores que evitaban meterse en política y que gestionaban como podían —tragando la mayor parte del tiempo, encolerizándose alguna vez— su acomodo a lo existente, su aparente indiferencia, su desesperanza colosal; a falangistas de pueblo henchidos de chulería, profesionales del chivatazo y la exhibición de correajes, que infunden miedo a quienes no son como ellos; a militares uniformados que intervienen como juez y parte en un maquinaria de violencia política que, pese a vestirse de seda jurídica, resulta tan siniestra como zafia; a cierto vejete que fue cacique, cuyo tiempo ya pasó, pero al que cabe aplicar eso de “donde hubo, algo queda”; a alcaldes nombrados a dedo en una dictadura ya consolidada que han de pronunciarse ante un acontecimiento inesperado y que los incomoda; a un parlanchín cabo de vara de la Cárcel Modelo, con condena larga y de sospechosa conducta; a una especie de agente secreto mexicano que se asemeja a una voz que, cartas por medio, llega del pasado, y que es capaz de suministrar claves que llevan a la acción por vericuetos imprevistos; a un campechano historiador universitario “del tiempo presente” que asesora a César con eficacia...

Se podría seguir, pero sería enojoso. La novela, con tantos y tan diversos personajes —algunos simples figurantes, otros capaces de brillar en su momento, en sus cuatro líneas o sus cuatro páginas de gloria, unos cuantos de presencia habitual, dotados de protagonismo— adquiere cierto carácter coral que no llega nunca al exceso ni al barullo. Nada que ver, sin embargo, con una película de Berlanga o similar: es inútil buscar el tono jocoso —que aquí sería impertinente— o la disolución de los protagonistas en el conjunto. De hecho, los personajes que destacan notoriamente sobre los demás son los que soportan en sus hombros, claro está, el peso de la trama. Uno, como cabía esperar, es Vicente Ros padre. Otro, el cabo primero de la Guardia Civil que dirige la investigación en 1958, Luis Cebrián, y que es retratado como un sádico de tomo y lomo, un auténtico villano. Dos más, sendos comunistas detenidos aquel año en Valencia, Ricardo del Castillo, el líder del grupo y lo más parecido a un héroe con mayúsculas que encontramos en el texto, y Andrés Morell, que todavía

vive cuando César Ros inicia su indagación y que le sirve de principal fuente oral respecto a los hechos investigados. Y, finalmente, el mismo César, trasunto del autor, que, como una especie de Telémaco, se apresta a viajar —en este caso sobre las huellas dejadas por el pasado— en busca del padre —por más que esté muerto— y, en consecuencia, a revivir lo que fue su circunstancia, lo que fue su tiempo.

La habilidad de Vicent Ros para mover a estos personajes, para combinar los dos hilos narrativos principales —lo que ocurrió en el 58, lo que sucede en la indagación del presente— es semejante a la que despliega para recrear ambientes, construir episodios y definir contextos. En el primer caso destaca la magnífica evocación de lo que fue la Llíria de los cincuenta (y sé bien de lo que hablo), con su atmósfera pueblerina, sus heridas de guerra sin cicatrizar, sus rivalidades musicales, su enorme fábrica de sacos, sus tabernas, sus hábitos patriarcales, su cuadrilla de vencedores, su masa neutra y su retahíla de vencidos. O la rememoración efectuada de la vida en la Cárcel Modelo de Valencia. O en la ciudad en su conjunto, aquella Valencia angustiada y cutre del tiempo de la riada. Asimismo está bien ambientado el presente, con gentes un punto desarraigadas, con ancianos reclusos en residencias, con una sociedad a la que le cuesta asumir su pasado traumático y en la que se libra una abierta lucha entre memoria y desmemoria (o entre hoscas memorias divididas, enfrentadas)... En el segundo caso, la armazón episódica, me ha resultado hondamente conmovedor el relato —no aconsejable para espíritus hipersensibles— de las atroces torturas que sufren algunos de los detenidos en el cuartel de la de la Guardia Civil de Arrancapinos o en la Jefatura Superior de Policía de la calle de Samaniego. Emocionantes son, asimismo, los capítulos en que adquieren protagonismo las esposas y otros familiares femeninos de los encausados, que, más allá del choque de valores que se percibe en el trasfondo, no se limitan a llorar y lamentarse por ellos, sino que toman la iniciativa, actúan de diversos modos y con diferentes resultados. En el tercero, el de la definición de contextos, me ha satisfecho sobretodo la atención dispensada a la manera de obrar de la “justicia” militar franquista, con sus laberintos, sus rencillas internas y sus despropósitos, o a cómo el Partido Comunista de España elaboraba y aplicaba sus estrategias dentro de su particular mundo de ilusión, o a cómo la prensa era usada como arma de desinformación masiva y de propaganda tóxica al servicio de un régimen tiránico.

La suma de esos ambientes, de esos episodios y de esa elucidación de contextos produce como sabroso fruto una narración compleja pero sin engorro, rica de matices, y que no escamotea las grisuras de muchos personajes ni las ambigüedades de determinadas situaciones. En ella, las fronteras entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto, son a menudo imprecisas, porosas. Así, encontramos a alguna víctima que antes fue verdugo, y a verdugos que podrían, en otra coyuntura, convertirse en víctimas (o al menos eso pueden temer): todo depende del lado en que cae la tortilla en la sartén. O tropezamos con el contraste entre la conciencia política de unos hombres hostiles a la dictadura, una conciencia que choca

con la incomprensión de sus propias esposas e hijas, y las demandas y celos de esas mujeres (que exigen que sus hombres no se expongan al peligro, que no jueguen con la frágil seguridad de ellos mismos, que no desatiendan la sacrosanta obligación de alimentar y cuidar a sus familias, que eviten hacerse de señalar porque es la manera de protegerse de futuros oprobios, de no avergonzarlas), unas demandas que son ignoradas por esos hombres enfrascados en su compromiso con una causa en la que creen con sinceridad. Nos hallamos, en fin, ante una narración que rehúye la ingenuidad de los cuentos de policías y ladrones y tiene siempre, por consiguiente, bajo control el maniqueísmo.

Sostenía doña Emilia Pardo Bazán que novela e historia son dos manifestaciones de la epopeya. Esta novela, y la historia que tiene detrás, no dejan de contener cierta épica, aunque sea amarga, dolorida, ayuna de grandilocuencia. Es una épica de “los de abajo” (una expresión que, por supuesto, no ha inventado Íñigo Errejón), de gente común y corriente, de personas que la “gran historia” juzga subalternas y que pueblan espacios considerados periféricos. Alejandro Magno, Julio César o Napoleón, que han inspirado un montón de novelas históricas, fueron casi dueños del mundo. Simón Bolívar o Rafael Sánchez-Mazas son también, en diverso grado, vips de la historia. El Galíndez novelado por Vázquez Montalbán fue un importante político vasco que presuntamente murió asesinado por orden del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo. Es fácil hallar una entrada con su nombre en las principales enciclopedias y su biografía en la Wikipedia se puede consultar en siete idiomas mientras escribo esto. Es otra figura de esa “gran historia”. Vicente Ros Gabarda y compañía son igualmente seres con historia que merecen un inmenso respeto. Desde su oscuro agujero en el mundo participaron en lo que pensaban que eran iniciativas adecuadas para cambiar la vida, para que el futuro fuera mejor que el presente y que el pasado, y pagaron un precio por no quedarse en casa asistiendo pasivamente a lo que las decisiones de otros les deparaba. Sin el concurso de la gente corriente el mundo no se mueve. O al menos eso es lo que opinamos los que nos dedicamos, entre otras cosas, a historiar a los humildes, a *the ordinary people*. Poner el foco sobre estos humildes, estudiar las continuidades y los cambios en el tiempo de sus maneras de obrar, de sus formas de pensar, dar cuenta de sus miedos y de sus esperanzas, democratiza la historia y le sustrae elitismo. Bien tratada, la historia de los “pequeños” no es nunca una “pequeña historia”. *La lluvia en el muro* es un relato ficticio sobre hechos reales que participa de esa visión y nos recuerda que son todos los seres humanos los que hacen —y sufren— la historia. En el gran teatro del mundo, además de los palcos de los vips, están el patio de butacas, el anfiteatro, los palcos altos y el gallinero. Y todos importan: una sonora pitada en el gallinero puede arruinar la obra aplaudida por los vips.

Es evidente, para ser justos, que en la novela se desliza algún yerro, algún gazapo, alguna inconsistencia. Y no me refiero sólo a la lamentable errata —“respuestasta”— que empaña ya la primera línea: los duendes de la imprenta, es conocido, han sabido adaptarse a la era digital. Me refiero

más bien a pequeños fallos de documentación (el pintor Josep Renau no estudió en la Academia de San Fernando, que está en Madrid, sino en la de San Carlos, que es el nombre de la valenciana; los camiones que salían de Llíria hacia Benissanó no lo hacían por “las Ventas”, sino por “los Olmos” ...) o a imposibilidades fácticas: a un lector liriano de cierta edad le sorprenderá enormemente encontrarse a Marcos Redondo cantando en 1958 en el teatro de la Unión Musical de Llíria, con los festeros del Remedio —de la Virgen del Remedio— sentados en las primeras filas, ya que el entonces famoso barítono actuaba siempre en el teatro de la Banda Primitiva, que es la sociedad gemela y eternamente rival de la anterior a la que él estuvo muy vinculado, y a donde no van otros festeros que los de la Corte de María, devotos de la imagen de la Purísima; que este prestigioso cantante de zarzuelas hubiera actuado en la Unión es tan improbable como que el Túria fluya desde Valencia hacia Teruel... Quizá alguno de estos errores (el de Redondo, por ejemplo) se puedan entender como forzados por las necesidades de la narración. Otros, no. Pero al entretenerme en escribir esto me da la sensación de que, invocando a la justicia, estoy obrando como esos puntillosos miembros de un tribunal de tesis doctoral que, queriendo poner algún reparo al gran trabajo que tienen delante, únicamente se atreven a llamar la atención del doctorando sobre tonterías del tipo “la nota 16 que debería estar en la página 33 está en la página 34” para dar la sensación de no dejarse llevar por el entusiasmo y actuar con ecuanimidad. Quizá al marcar estos “errores” yo simplemente pretendo mitigar la efusividad que de los párrafos anteriores se desprende. Acaso es la manera que tengo de hacer llegar a mis lectores el mensaje de que esta reseña no quiere ser en absoluto un simple acto de propaganda.

He de recalcar, de nuevo, que la obra es excelente y que merece ser leída. Recupero, por tanto, la efusividad perdida. Creo que el autor puede estar muy satisfecho de su trabajo. Me parece innegable que, como dice uno de sus personajes, consigue dar a su padre el homenaje que nadie le dio en vida. Y que, con ello, cumple con creces con el cuarto —o quinto— mandamiento de la ley mosaica. Asimismo considero encomiable que, a lo largo de las numerosas páginas del texto, acierte a acrecentar la tensión narrativa desplegando con destreza los recursos literarios propios del novelista, sin perderse en minucias de historiador. Y que, así, merced a la combinación de prosa ágil, amenidad manifiesta e intriga inquietante, esté en condiciones de hacer entender a sus lectores por qué el tiempo del franquismo fue una larga y opresiva noche de piedra, una noche gris y negra a un tiempo, llena de temores, de agobios, de miserias y de miserables (algo de lo que no hay que dejar de hablar, rehuyendo las hipócritas e interesadas llamadas a la desmemoria), y por qué las costosas acciones de la oposición (costosas porque su osadía se pagó en la moneda de los años de cárcel, de las ejecuciones reconocidas y las defenestraciones “accidentales”, de las palizas y de otras técnicas de tortura más sofisticadas, o en forma de hostigamientos de menor intensidad, más suaves, cotidianos, aunque igualmente eficaces a la hora

de estigmatizar a una parte de la población y de desactivar la protesta), esto es, unas valerosas iniciativas opositoras en que la tenacidad se combinaba con el riesgo, y ambos con la extendida apatía social, sólo eran como la fina lluvia que, impotente en su modestia, parece incapaz de derribar el robusto muro, de hacerlo caer con estrépito.

Con todo, la oposición a la dictadura no fue inofensiva. Es decir, el conglomerado de desafectos al régimen en que la valentía bailaba con el miedo, con la cautela, acaso con la incompreensión de los más cercanos, con las ilusiones con pies de barro, con el autoengaño y con los espejismos (abundaban en ella los toxicómanos de la política, como se los denomina oportunamente en una página del libro), no se ahogó en la ineficacia ni se agotó en la esterilidad. En realidad, esa oposición en la que se mezclaban los activistas vestidos con el traje de voluntarismo que diseñó Auguste Blanqui en los tiempos de Maricastaña, y que luego popularizó Vladimir Lenin (profetas que anunciaban mundos nuevos en un futuro que se podía tocar con la punta de los dedos), con la gente corriente a la que, simplemente, no le gustaba el presente, esa oposición que se quiso enmudecer y suprimir, nunca dejó de estar allí, de resistir y de mutar, y renació como un ave fénix —o mejor rebrotó como una higuera— después de cada caída, de cada golpe de hacha lanzado por el brazo represivo de un poder ilegítimo y sofocante. Con lo que al mojar el grueso muro con constancia, al perseverar hasta empapararlo, coadyuvó sin duda a dañarlo, a agrietarlo, y facilitó su derrumbe final.

La Transición —esto es, el período en que el estado franquista fue sustituido por otro de carácter constitucional— no hizo en absoluto justicia a todos los Vicentes Ros y Ricardos del Castillo que en España son y han sido, con sus aciertos, sus flaquezas y sus errores. Ni quiso ajustar las cuentas con sus implacables perseguidores, amnistiados por la puerta de atrás y que envejecieron sin pena, sin oprobio y sin mala conciencia. Ojalá las cosas cambien algún día no lejano y la verdad histórica, siempre en construcción, frágil pero razonada y razonable, hostil a las mistificaciones, atine a imponerse a las memorias aún divididas, antitéticas y ahítas de pasión. Mientras tanto, buenos libros como éste, apasionante más que apasionado, a ratos turbador, y repleto tanto de verdad poética como de verdad histórica, contribuyen por lo menos a que no echemos al olvido ni a los unos ni a los otros.

*Joan J. Adrià i Montolí*